

SOY HIJO...*

PEDRO NEL GÓMEZ*

- * Notas autobiográficas, Medellín, 1978, Biblioteca Giuliana Scalaberni, Centro de Documentación, Documento 1-132
- ** Pintor, muralista, escultor, ingeniero civil, arquitecto y urbanista antioqueño (Anorí, julio 4 de 1899 - Medellín, junio 6 de 1984). Uno de los grandes muralistas de América. La UNAULA le concedió el título HC por sus virtudes de humanista que enaltecen la formación de la Región.

Soy hijo del doctor Jesús Gómez González quien, antes de entrar a la vida administrativa y política del país, residió en la población de Anorí, localizada en los andes centrales de Colombia, zona rodeada de selvas tropicales que se extienden a lo largo de estas altas montañas y de los andes y ríos auríferos Porce, Nechí, Bagre y Cauca.

Es mi madre María Luisa Agudelo García, nacida en la población de Amalfi de la misma región de los Andes colombianos. El matrimonio se llevó a cabo en la población de Hojas Anchas de la misma región. El padre trabajó hasta con quinientos barequeros bajo su dirección, lavando el oro en forma primitiva en las minas llamadas “El infierno” y “Candelo”, en plena zona cálida del trópico sobre los mencionados ríos. Fue dueño él de algunas

de estas minas, tenía en la población de Anorí otras propiedades y fincas de ganadería, pero la situación política de mil ochocientos noventa y nueve a mil novecientos tres, sumamente agitada con la revolución o guerra civil que se llamó en Colombia de los “Mil días”, perteneciendo él al partido político opuesto al gobierno, el partido Liberal, se encontró en muchas dificultades con los soldados del gobierno que perseguían en estas regiones la personas de la oposición política, así logró escapar de las requisas de su casa, escondido por su esposa en una gran caja de carbón.

En plena guerra civil debió abandonar su población y trasladarse a la capital del departamento de Antioquia, Medellín, con cinco hijos y el artista, sexto hijo, a la edad de dos años.

Don Jesús Gómez González continuó sus estudios de Derecho en esta ciudad, en gran parte en forma autodidacta, y volvió a trabajar en el laboreo de las minas, para sostener su familia, ya que las propiedades que tenía en la región de Anorí fueron confiscadas. Pasaron diez años y mi padre fue elegido como representante de la Cámara en Bogotá; ya comienza entonces su vida como político liberal demócrata, defensor del pueblo, y sigue como abogado minero en la ciudad de Medellín, defendiendo las propiedades mineras contra los intereses extranjeros. Más tarde fue nombrado Consejero del Estado.

Hago mis estudios elementales dentro de la casa familiar, en gran parte ayudado por los hermanos mayores, quienes habían ingresado a la universidad. En épocas difíciles la familia tenía que vivir en poblaciones vecinas de Medellín, por la muy mala situación económica y yo hacía el recorrido de unos diez kilómetros a pie tres veces por semana, a la edad de doce años, para asistir a la Escuela de Bellas Artes. Dormía en la sala rodeado de estatuas griegas y renacentistas, copias en yeso que algún profesor había logrado traer de Europa. Acompañado por el consabido esqueleto, donde los artistas estudiábamos el cuerpo humano.

Esta época dejó huellas profundas en mi sicología debido a una serie de acontecimientos dramáticos en la familia: Mi hermano Rafael, queriendo salvar algunos bienes comerciales en un incendio en la plaza central de Medellín, de esa época, resultó muerto por el desprendimiento de una viga en el interior de aquellos almacenes. Mi madre me envió a averiguar al hospital donde habían trasladado el cadáver de mi hermano,

tuve que reconocerlo por la dentadura, en la caja donde ya se iba a llevar al cementerio.

Mi otro hermano, Jesús Eduardo, técnico mecánico, quien trabajaba en la ciudad costeña de Barranquilla, muere ahogado en el río Magdalena, vecino a esa ciudad. Estos acontecimientos dejaron en mi vida de niño una profunda huella que influenció sobre mi carrera artística ampliamente, porque ellos eran los grandes admiradores de mis obras juveniles.

De esta época parten mis estudios acquarelísticos, sobre todo del paisaje. La primera caja de acuarela que recibí era la acuarela que mi hermano segundo Marco Tulio usaba en los planos de ingeniería, planos y proyectos acquarelados. En esta misma época inicié los estudios, por voluntad propia, de las naturalezas muertas, y a la edad de quince años, en la Escuela de Bellas Artes, hice, con otro compañero, Eladio Vélez, la primera exposición que se verificaba de conjunto en Medellín, de naturalezas muertas de nuestras frutas, de nuestras flores. Esto fue alrededor de mil novecientos quince.

Terminado el bachillerato en la Universidad de Antioquia, ingresé a la Facultad Nacional de Minas, en la signatura de ingeniería civil y matemáticas, y continúe a la vez en la Escuela de Bellas Artes durante las noches, de las seis a las diez. Fue una época para mí de una disciplina a toda prueba, porque la carrera de ingeniero civil era en extremo difícil en aquella época. Hice la carrera de ingeniero en compañía de mi hermano Jorge, quien iba un año delante de mí. Ya en esta época el octavo hermano Juvenal había iniciado el bachillerato, para seguir luego Ciencias Jurídicas en el Externado de Bogotá.

Terminada la carrera, entré a trabajar inmediatamente en el Municipio de Medellín, en la ejecución de planos urbanos y las redes telefónicas de la misma ciudad. En este período de año y medio de trabajo como ingeniero en obras de urbanismo y arquitectura escolar, me di cuenta que me era necesario el sacrificio de abandonar estos trabajos profesionales y de trabajar en otra ciudad más amplia. Con mi hermano Marco Tulio me trasladé a la capital y lo primero que hice fue instalar mi taller de pintor, y trabajé como arquitecto en la oficina del arquitecto Pablo de la Cruz. Luego, con mi hermano Marco Tulio,

trabajé en un contrato en la construcción del Ferrocarril del Norte, lo que me permitió ahorrar algunos miles de dólares, con los cuales me trasladé a Europa.

El viaje debía ser directamente a Italia, pero no encontrando pasajes en barco, terminé por viajar a Holanda; así me hallé en Ámsterdam, en la primavera de mil novecientos veinticinco. Fue esto de gran importancia, porque desde muy temprana edad, conocía obras de los maestros holandeses en reproducciones, de Rembrandt, Van Delft, Jan Steen, Frans Hals, y otros. Permanecí en Ámsterdam por poco tiempo, me di cuenta de mis verdaderas inclinaciones artísticas a esa edad de mi vida, y me trasladé a París con la inquietud de estudiar de cerca el impresionismo francés. A pesar de algunos meses de permanencia, allí mi ánimo estaba orientado a seguir hacia Italia y partí para Florencia en donde fijé mi residencia definitiva ya para muchos años.

Quise vivir en Florencia, vecino al río, y después de algunas dificultades encontré una habitación en una casa de la Plaza Francesco Ferucci, al pie del viejo Ponte di Ferro. Desde este lugar debía viajar siempre a la Escuela privada del profesor Zardo, en *viale*¹ Milton, por algunos meses y después entré a la Academia de Bellas Artes, en octubre de mil novecientos veinticinco, donde permanecí por poco tiempo, pero ya había adquirido una experiencia importante y trabajaba a la vez en un estudio, donde ejecuté varias obras al óleo de mucha importancia, tales como la “Lección de anatomía”, el “Retrato de la Señorita Innocenti”, “La Amazonomaquia”, el “San Jerónimo”, a “Anciana romana” y muchas otras obras que dos años después, fueron expuestas en una gran sala organizada, con el nombre de exposición latinoamericana, en Roma, Vía Margutta, círculo artístico.

En esta época tuve necesidad de cambiar de habitación, de la Piazza Ferrucci a la vía Santo Egidio, cerca precisamente donde vivía la familia Scalaberni, familia que realmente no conocí. Prácticamente la situación era bastante difícil, pero al fin recibimos una ayuda en forma de apoyo para mí y para mi amigo y pintor Eladio Vélez, que ya se había trasladado de Roma

1 Del italiano, avenida

a Florencia. Luego de unos seis meses en este apartamento, me trasladé a Piazza Santa Croce, en la esquina de Borgo dei Grecci y via Bardi, lo que me permitió estudiar ya muy cuidadosamente las grandes decoraciones al fresco de Giotto, en ese panteón florentino. Pero lo más importante es que en el mismo edificio, donde tenía mi apartamento, se había trasladado la familia Scalaberni, donde conocí a Giuliana, quien dirigió todo el resto de mi vida hasta su muerte en mil novecientos sesenta y dos.

Me trasladé después a vía Maggio, donde nació el primer hijo Giuliano, y donde viví con mis hijos Germana y Giuliano algunos años; esto me permitió estudiar cuidadosamente la iglesia del Carmen, donde se encuentran las decoraciones famosas de Masaccio. Prácticamente mi vocación de pintor al *buon* fresco se formó por iniciativa personal, ya que en la Academia nunca practicaron la pintura del fresco, y por mi muy larga investigación en todas las ciudades de Italia, inclusive en Roma, comprendí que mis inclinaciones como pintor, a pesar de largas experiencias en óleo, la acuarela y el pastel, iba dirigida hacia los grandes conjuntos murales que después se hicieron una realidad en Colombia, en el primer conjunto monumental del Palacio Municipal de la ciudad de Medellín, primera obra mural al fresco en Colombia.

Es importante saber, por qué tomé interés por conocer las razones y los procedimientos técnicos que se usaron en el Renacimiento para la pintura al fresco. Me interesé a fondo en comprender la razón de ser de una pintura tan difícil usada por los artistas en Italia, del mil trescientos hasta el mil quinientos cincuenta, y que marcaba un hecho de transcendencia universal, puesto que fue Italia la heredera de las grandes tradiciones murales de Egipto, de Grecia y de Roma. Me preocupaba como ingeniero civil y arquitecto, la inmensa, gigantesca obra de la arquitectura, donde muy escasamente aparecen los conjuntos murales y los grupos escultóricos como en aquellas épocas anteriores. Esta fue mi inquietud por más de ocho años, desde la llegada a Europa hasta mi regreso a la América Latina. Se comprende que, siendo profesional ingeniero civil, en mi carrera hice cuatro cursos de química. Realmente la pregunta que siempre me hacía: porqué éstos célebres artistas escogieron aquellas creaciones murales al fresco tan difícil, cuando la pintura al óleo ya había penetrado en todo Europa, en formas en extremo avanzadas en el nor-

te de Europa y en Venecia, etcétera. Mi conclusión fue definitiva: para la época actual es necesario en cualquier parte del mundo una pintura monumental que se acerque a las grandes revoluciones de los tiempos modernos, una pintura que se acerque más a los pueblos en todos sus aspectos, y al hombre.

De regreso a Colombia, a fines de mil novecientos treinta, en condiciones económicas desastrosas, recibí la oferta de dirigir una pequeña escuela de Bellas Artes en la ciudad de Medellín. Inicié, con el regreso de la esposa Giuliana, una amplia labor en la pintura al óleo, obras que se conservan en la Casa Museo, en su mayoría, así numerosísimas labores en acuarela sobre temas de naturaleza muerta. Con todas estas obras traídas de Europa y hechas aquí, de mil novecientos treinta y uno a mil novecientos treinta y cuatro, hice una gran exposición en la capital de la República, en un salón central del Capitolio, un conjunto de ciento catorce obras. El prestigio conseguido con esta exposición me permitió firmar el contrato con el Municipio de Medellín para las decoraciones del Palacio Municipal, un conjunto de once murales, en donde hay obras de sesenta metros cuadrados, como aquella del Concejo Municipal, y un conjunto de cuatro obras de dieciséis metros cuadrados cada uno, en la sala de la administración del señor Alcalde. Puede decirse que en estos murales, por primera vez en la historia de Colombia, aparece el desnudo en los edificios públicos. Estas obras se terminaron en mil novecientos treinta y ocho, después de cuatro años de trabajo, un total de superficie de doscientos metros cuadrados. Pasaron luego algo así como ocho a diez años sin trabajos murales debido a la reacción de las gentes directivas del Estado, en esos murales se trataron los problemas del Estado colombiano, problemas económicos y problemas sociales de esa época tan agitada por la Segunda Guerra Mundial. Se necesita un espacio de diez años para lograr convencer a mi país de la necesidad de las decoraciones murales y, como en el Palacio Municipal había tratado temas del Estado colombiano y temas sociales, se presentó una reacción contra mis obras al fresco.

Para continuar esta lucha por la pintura monumental, tócame, por gran fortuna, el proyectar y la construcción de los edificios de la Facultad de Minas en Medellín, como arquitecto, en donde inicié en condiciones

económicas muy desfavorables, la obra al fresco del Aula Máxima, una cúpula parabólica de doscientos metros cuadrados, que se vino a pagar muchos años más tarde.

Continuaron luego los murales en los pórticos y los frescos verticales del Aula Máxima. Los relieves en piedra en el pórtico inferior se ejecutaron por esta misma época. Esta obra de la Facultad Nacional de Minas dejó perfectamente establecida en mis capacidades en la ejecución de grandes conjuntos al fresco y en tallas de piedra.

Continuaron después otras grandes decoraciones: Banco Popular, Medellín; Instituto del Sena, Medellín; Clínica León XIII, Medellín; Banco de la República, Bogotá; Instituto de Crédito Territorial, Bogotá; Banco Popular, Cali; Universidad de Antioquia, y los frescos ejecutados y en ejecución en la Casa Museo en Medellín.

Al lado de estas decoraciones murales ejecutó esculturas en madera de dimensiones amplias y últimamente, tallas en mármol, en cinco bloques de cincuenta toneladas cada uno, en la Universidad Nacional, sede de Medellín.

Al lado de los frescos, tallas en madera y en mármol, y esculturas en bronce, conservo grandes colecciones de los cartones de los dos mil metros cuadrados de mis frescos, de cuatrocientos a quinientos grandes acuarelas, y otro tanto de pequeñas, lo que constituye una obra original la creación de mi Casa Museo, excepcional conjunto que ya está abierto al público como Museo del Estado.

[18 de julio, 1976]

LOS PROBLEMAS DE LA PAZ SERÁN TAN GRANDES
COMO LOS DE LA GUERRA

Señor Vicecónsul de los EE.UU, señores cónsules, señor gobernador, señores y señoras:

En esta guerra colosal, lentamente toda actividad humana ha entrado en juego: una guerra económica terrible, única en la historia del mundo que inició en todos los países. Una lucha de combatientes, gigantesca lucha, lleva tres años sin tregua.

Un combate extraño y nuevo aparece, se hacen todos los esfuerzos, se buscan todos los medios para conservar la fe en los destinos de cada pueblo.

Pero también se lucha en la instructora más íntima del hombre. Se chocan el campo de los grandes ideales que justificarán mañana, más allá de todos los campos de batalla, el inmenso número de muertos y el dolor infinito de millones de personas de todas las razas, de todas las religiones.

En medio de este abismo agitado, el pueblo norteamericano comprendió estos aspectos de la guerra, el 7 de diciembre de 1941, fecha del ataque traicionero en Bahía de las Perlas. Fue sacudido profundamente, recogió su gran alegría de vivir y transformándola en austera disciplina meditar. Hecho extraordinario, el joven soldado americano es una firme columna, lleva en su seria y severa fisionomía guerrera una gran alegría interior.

La educación, la vida pasada de esta juventud, nos demuestra cómo había sido educada para la guerra, pero en una forma instintiva y extraña. El gran “sentido de deportista”, el sentido de la “medida precisión geométrica del juego” vive en esta juventud, que al constituirse en ejército combaten, halla la transformación, la posición precisa en el espíritu interior del guerrero moderno. Hace el pueblo americano el más deportista de mundo, encuentra el primer sentido de belleza heroica, sentido que le habían negado los agresores militaristas del eje a la gran democracia de este Continente.

El día 7 de diciembre se hirió la raíz íntima de este gran pueblo, una corriente de inquietud primitiva, el instinto de defensa recorrió todo el hemisferio. La gran república del norte comprendió y sintió, era ya para ella un hecho su vida feliz y amplia, pero comprendió también que la muerte

y la destrucción de todo lo conseguido con el trabajo laborioso y duro de dos siglos, podía ser aniquilado injustamente con esa ruina, la esclavitud definitiva de todo el Continente, no era sino una consecuencia lógica.

Brotó entonces una responsabilidad de sentido secular, nacieron con ella los grandes ideales que los militaristas germanos y japoneses denegaban a la juventud americana.

La defensa de las antiguas tradiciones religiosas. La defensa de un continente que había sido indicado por los filósofos de estos mismos pueblos agresores, como el único lugar en la tierra donde era posible un gran “renacimiento” en el acto, y en el sentido del antiguo acto mediterráneo.

No es con armas únicamente con lo que combate América, con las que ganarán la guerra las Naciones Unidas; son los grandes ideales: de libertad, de crecimiento pacífico, propicios a una gran cultura de aspecto clásico.

Ante el fondo grandioso, donde percibimos proyectadas en el tiempo las masas monumentales de nuestras grandes figuras místicas, de nuestros libertadores, desde Washington, Lincoln, Morelos, Bolívar, tantos otros hasta Heggins, creemos es el momento de ser sinceros, y cumplir con nuestro deber de americanos unidos, de colombianos y patriotas, sintiendo inquietud nacida el 7 de diciembre de 1941 en nuestro pueblo: el estudiante, el obrero, el pequeño industrial, el gran empresario, sintieron que desde ese día pesaba no solamente sobre nuestra integridad patria, sino sobre la estructura moral del Estado, el más grave peligro que conociera desde la época de la independencia. Nuestro territorio pudo ser invadido, la potencia militar de los EE. UU. lo evitó y sigue haciendo imposible una ocupación cualquiera en el Continente, pero nuestra estructura vital y nuestra ética quedan a pesar de todo en juego.

O vemos a nuestros compatriotas, a nuestro pueblo todo, hundirse lentamente en la más dolorosa indolencia, con la pérdida total de su capacidad de trabajo, hundirse en la vida ociosa, sin ideales, de ninguna especie, sin nervios, aniquilado, o tomamos una iniciativa con él, iniciativa que esté de acuerdo con nuestra historia, con nuestro viejo pueblo creador, hijo de la independencia.

Ya, mientras otras naciones americanas orientaron sus pueblos hacia una disciplina firme, comprendieron ellos que la guerra se juega en el

campo de batalla y lo aceptaron, y también en los campos de trabajo, en el frente unido de la producción, en todos los frentes nacionales, igualmente debemos hacer nosotros.

La guerra es inexorable, alcanzará a todos los países en una y otra forma, pero regamente. Nosotros estamos recogiendo todas las dificultades, perdiendo terreno en el campo social, en el educativo, en el económico, en el campo de la producción, y sobre todo, en el cultural de nuestro pueblo, vemos la especulación extendiéndose en una forma alarmante en todo el país. No tendremos ninguna ventaja, ni hoy ni mañana, cuando la paz oriente a las vencedoras naciones unidas hacia la construcción de aquellos países que fueron casi totalmente destruidos. No tenemos mucho qué esperar de la paz, los problemas de la paz serán tan grandes como los de la guerra, seamos sinceros y comprendamos que el sentido humano y ético dirigirá a las naciones unidas. No debemos soñar en paraísos de la posguerra, solamente podemos defendernos de la miseria presente y futura con nuestra energía, nuestro trabajo continuo y sin descanso, trabajo ordenado y disciplinado de hombres, mujeres, de todo nuestro pueblo.

Muchas personalidades de todos los partidos políticos colombianos han declarado en todos los modos: “nos hallamos en plena guerra. Este país tiene que cambiar. Pero hoy, aniversario de la vigorosa lucha que lleva a cabo la totalidad del pueblo americano, desde el niño, viejo, tenemos el deber ineludible, la obligación sincera de preguntarnos con la más profunda ilusión: ¿Qué hemos hecho hasta hoy? Y contestarnos luego, muy poco”.

Estamos quedando sin escrúpulos un tiempo precioso, aprovechado en todo el mundo, estamos quemando las pocas reservas económicas logradas en treinta años de trabajo. Es el momento de ser francos, arrojemos lejos de nosotros esta hipocresía que algunas han instalado en nuestra patria, unámonos todos y declarémosle el pueblo colombiano, en todas las formas posibles, en todos los municipios, que nuestra economía nacional va irremediablemente al fracaso, si no acomodamos nuestra vida a una economía de guerra, a una disciplina económica de países realmente beligerantes, responsables.

La opinión en nuestro país parece que tomó tres aspectos generales:

1. Los pacifistas a toda costa. Estos, realmente no han podido justificar hasta hoy ante el pueblo colombiano sus ideas, tal vez

temen y parecen ser las víctimas conscientes o inconscientes de una propaganda sutil y maliciosa cuyas finalidades conoce el pueblo colombiano.

2. Los anti-pacifistas conscientes que, dolorosamente, están estudiando la lamentable situación del país, están comprendiendo, día tras día, que es ineludible la obligación patriótica de tomar rápidamente una iniciativa preliminar.

Estos espíritus cuidadosos comprenden muy bien qué significado claro y rotundo tienen la política y la economía de guerra del gobierno americano. Saben muy bien que la democracia ya definió la guerra; saben también que las normas económicas tienen qué ser rígidas y que solo tendrán estas normas desarrollos adicionales en aquellos campos a que la economía de guerra se refiere; todo debe ser orientado al fin único de ganar la victoria.

Finalmente, pertenecen al tercer grupo los animadores que deseamos con nuestros propios medios, el arte entre ellos, despertar en el pueblo las antiguas tradiciones guerreras vivificadas luminosamente por el espíritu libertador. Su finalidad es sin duda, la finalidad más honrada que pueda imaginarse. Lucharemos contra la hipocresía y la falsedad del ambiente; deseamos que se vea claro, hay objetivos económicos individuales y del estado colombiano en la que guerra, nuestro desarrollo no debe interrumpirse o debe seguir otro camino, pero en el momento actual de la guerra son necesarias las grandes ideas, las grandes concepciones, los ideales que abarquen el mayor número de fibras del alma nacional. Estos grandes principios pueden, sin duda, unirnos, crear la unidad nacional, principio básico para responder mañana por el futuro de nuestro pueblo, el que espera una solución afirmativa de cooperación real ante la guerra, en esta época única, época de guerreros, época de espíritus valerosos.

No hay ya mucho tiempo para hablar, pero si con estas cortas palabras se logra haceros reflexionar sobre la posición actual de la patria colombiana, no ha sido inútil nuestro esfuerzo².

2 Pedro Nel Gómez. No es con armas únicamente con lo que combate el continente americano, Medellín, Biblioteca Giuliana Scalaberni, Centro de Documentación, Documento 0-52.

Pedro Nel Gómez: Los problemas de la paz serán tan grandes como los de la guerra



En 1942 Pedro Nel Gómez viajó a San Agustín (Huila), centro escultórico precolombino, en compañía de Carlos Correa, Fernando González y Juan Friede. En la fotografía aparece junto a Juan Friede (centro) y Fernando González (derecha). Centro de Documentación Museo Pedro Nel Gómez, archivo fotográfico.

NOTAS DE ARTISTA

Algo muy grave ha pasado en nuestra patria. La medida de la tremenda destrucción espiritual, antes que todo, la comprendemos en nuestro desconcierto. Nuestra incapacidad de hallar algo firme de las pasadas creencias en las energías puras de lo que creímos ya alcanzado, logrado en nuestra sociedad, en la comunidad, en el pueblo.

De un solo golpe se destruyó un símbolo de la inteligencia. Se saltó sobre la sabiduría, y más doloroso, se quiso aniquilar el esfuerzo secular de un país por su evolución política, representada en un hombre.

Era amado este hombre por su inteligencia; indicador colombiano de nuestra estatura moral, compañero de tantos otros hombres en todas las tendencias espirituales del país. Se atacó en él a una cultura de muchos años.

La dinámica popular en la plaza pública, el amor de las grandes concentraciones populares, tan bello en el pueblo colombiano, ha sufrido el primer asalto. El gran sentido plástico de las inteligencias de los hombres de estado colombianos se sometió a prueba: o se vivifica y engrandece ante el dolor del grandioso orador muerto, o comenzó ya la decadencia de uno de los aspectos más bellos de la vida democrática de la República y esto nos sobrecoge. Cuarenta años de reuniones rumorosas en las plazas colombianas, nos habían enseñado de júbilo; las manifestaciones públicas son un patrimonio de todo el continente americano. Creímos en la amistad humana, en el respeto mutuo ante las ideas.

Largo y doloroso es el camino para llegar a amar al pueblo. Es un ineludible conocerlo. Vivir con él, acercarse, sentir allí todo nuestro origen, comprender como todo lo poco que llevamos por dentro lo debemos a él, suma de experiencias felices en ciento cincuenta años de país unitario.

Nuestro pueblo es muy variado. Y más bellamente se percibe por ello su porvenir. El crecimiento es paralelo en el país, una unidad espiritual, crecen sus regiones ante el común respeto.

Pero muy pocos hombres han podido estar presentes en todas las ciudades a orillas de los dos mares, en las capitales, en el pueblecito le-

jano. Es la movilidad de los libertadores, son dones legendarios de los héroes patrios que escasamente se repiten.

Y ¿cómo es posible que hayamos pisado ese borde liso de una tragedia espantosa, sangrienta, del Estado colombiano?

Mucho nos había enseñado el sociólogo, el amoroso del pueblo, el apasionado artista de un país.

Y de un solo tajo se ha querido quitarnos ese ideal secular. ¡Quedamos oprimidos! ¡O no éramos nada y estamos en disolución!

Miedo teníamos de ver la sangre de los colombianos. Cincuenta años de paz habían rejuvenecido nuestros corazones, resueltos a la lucha sin armas por crecimiento y nuestro firme porvenir. ¡No estamos en guerra! Grandes manchas quedaron en muchos lugares desolados de la República. Desde lejos son más visibles aquellos inexplicables errores y locuras.

El amigo de la ley sintió espanto, quiso luchar por cancelar la posibilidad de mayores dolores. En nuestra alma de colombianos quedará unido a la bella historia de la libertad heroica de nuestra patria.

¿Cómo son posibles esas destrucciones en nuestras débiles ciudades? Destruir escuelas, capillas, la obra de largos años. El más bello esfuerzo de todos los hombres de distintas políticas colombianas en muchos años, la ambición a construir, edificar habitaciones para todos, escuelas, universidades, hospitales, arquitectura nueva, ideal que buscó afanosamente el hombre universitario, el amigo del pueblo, con los hechos; los barrios, la habitación, la universidad construida.

Nos colocamos ante las ciudades quemadas, destruidas. ¿Dónde pudo nacer esa locura? Allá en ese lejano barrio pobre, insalubre, abandonado, donde un pueblo entristecido y enfermo acumula desprecio y dolor ante su familia en disolución. Concentra candentes odios contra los que ni siquiera quieren mirarlo en su miseria. En ese anillo amplio de empobrecida gente nacen las más incomprensibles fuerzas de destrucción. Pocos colombianos han logrado mirar en aquella desoladora y temible zona de la vida social de Colombia. Pocas han sentido la posibilidad de transformarla. Fue el doctor Gaitán quien sí comprendió todo el espantoso caos y sabía cómo debía hacerse para remediarlo rápidamente.

La intranquilidad es permanente: solo el esfuerzo continuo de todos, la seguridad de que poderosos caracteres que por segunda vez lograron defender la patria ante el abismo de su destrucción espiritual y material saben bien qué debemos hacer y cómo la reconstrucción material debe ir paralela a la espiritual y a la social. Aquellas naturalezas belicosas en todas partes de la República que no se sienten constructoras deben retirarse a tiempo, guardar sus feas armas, dejar el campo a los espíritus creadores en quienes aún anida la capacidad de amistad humana³.

3 Pedro Nel Gómez. Notas de un artista, en: Jornada, Medellín, 1948, Biblioteca Giuliana Scalaberni, Centro de Documentación, Documento 0-9.

